

de toda la corte y de los monarcas de Méjico y Tacuba, sus aliados.

Este hecho, único á todas luces reprobable en la vida de nobles y heróicos hechos del rey Nezahualcoyotl, se encuentra referido por el historiador texcocano Ixtlilxochitl, cuya relacion la sacó de la hecha circunstanciada-mente por el hijo y un nieto del monarca. Ambos censu-
ran ese acto, presentándolo como una degradante mancha caida en la honra de su ilustre antecesor. Reprensible es, con efecto, aquella innoble accion, y sensible que la hu-
biese cometido un hombre de relevante mérito, digno de respeto y de alabanza por todos los demás actos de su gobierno.

CAPÍTULO XIII

Indigna conducta y muerte de Cuauhtlatoa, rey de Tlatelolco. — Conquistas de Moctezuma. — Inundacion de Méjico. — Construccion de un dique. — El ejército; oficiales de guerra; órdenes militares; traje marcial del rey; armas ofensivas y defensivas; simulacros, táctica y fortificaciones. — Hambre en Méjico en 1452. — Nuevas conquistas de Moctezuma. — Prohibe todo comercio con los tlaxcaltecas. — Estos se ven privados absolutamente de la sal. — Los chalqueños invitan á un hermano de Moctezuma á que sea rey de ellos. — Se quita la vida por no admitir. — Moctezuma vence á los chalqueños y les hace sus tributarios. — Muerte de Moctezuma.

Indigna conducta y muerte de Cuauhtlatoa, rey de Tlatelolco. Mientras el rey Nezahualcoyotl, despues de unirse á la mujer que amaba, se entregaba de nuevo á las ciencias, al embellecimiento de la ciudad de Texcoco y á la buena marcha de los negocios públicos, el monarca de Méjico, Moctezuma, se veía precisado á prepararse para la lucha.

El temible Cuauhtlatoa, tercer rey de Tlatelolco; el mismo á quien vimos confederarse con los señores de los territorios inmediatos cuando proyectó asesinar al rey Itzcoatl, con el fin de apoderarse de Méjico, volvió á concebir el mismo pensamiento respecto de Moctezuma.

Desde que fracasó el plan puesto contra Itzcoatl, ambas naciones se vieron con desconfianza, y la antigua enemistad de los mejicanos y de los tlatelolcos, se aumentó de una manera notable, hasta el grado de haber pasado muchos años sin comunicarse, excepto algunos individuos del pueblo que, furtiva y recíprocamente asistían al mercado, por causas de comercio.

Sabedor Moctezuma de los proyectos de su vecino el rey de Tlatelolco, se propuso sorprenderle cuando mas confiado estaba en que iba á sorprender, y disponiendo su ejército, asaltó con extraordinario brío la capital de su contrario; hizo prisionero á su rey Cuauhtloa, y mandó que le quitasen la vida. Dado aquel severo castigo al sagaz rey de Tlatelolco, no quiso, por entonces, someter su Estado á la corona de Méjico, y se contentó con hacer que sus habitantes eligiesen por soberano al digno y moderado Moquihuix.

Libre Moctezuma de su peligroso contrario y vecino, se dirigió con sus tropas, para vengar la muerte cometida en algunos de sus vasallos, al territorio de los cohuixcas, situado al Sur de Méjico. Dispuestos sus habitantes á combatir contra los mejicanos, lucharon denodadamente; pero era imposible resistir al empuje de los tres poderosos aliados, y vencidos al fin, añadió Moctezuma á la corona de Méjico los territorios de Yautepec, Tepoztlan, Huaxtepec, Yacapichtla, Totolapan, Tlalcozauhtitlan, Quilapan ó Chilapan, Oztomantla, Coixco, Tlachmalac y otros muchos, distantes los siete primeros á cincuenta leguas de la corte. Hechas estas conquistas, marchó inmediatamente hácia el Poniente, y haciéndose dueño de Tzompahuacan, so-

metió al dominio de los monarcas de Méjico, todo el vasto país de los cohuixcas.

Enriquecido con el triunfo del botin, volvió Moctezuma triunfante á la capital, llevando un número considerable de prisioneros, que fueron sacrificados en honor de la divinidad de la guerra *Huitzilopochtli*.

Para asegurar la posesion de las provincias conquistadas, quedaban en las principales ciudades, guarniciones mejicanas, y á los señores de ellas se les exigía que viviesen en Méjico durante cierta época del año, dejando en rehenes al volver á sus territorios, algun hijo ó pariente en su lugar. Con este sistema se afianzaba lo conquistado, y la ciudad se embellecía con los palacios que levantaban los señores feudatarios para vivir con la esplendidez que les correspondía.

La grandeza y fausto de los reyes mejicanos fué creciendo á proporcion que se ensanchaban mas y mas los límites de su imperio.

La sencillez de los primeros monarcas se habia sustituido con el lujo y el esplendor de una corte poderosa; y los tributos de los pueblos, se aumentaron á medida que el boato de los reyes y de los grandes crecía.

Moctezuma, viendo levantar á los feudatarios de la corona, residentes en la capital del reino, vastos y elegantes palacios, mandó edificar para sí uno verdaderamente suntuoso, poniendo la servidumbre bajo un pié de grandeza y aparato hasta entonces desconocidos.

La fortuna sonreía á este monarca, que se hallaba dotado de las cualidades mas nobles y elevadas.

Nueve años llevaba de encontrarse al frente de los des-

tinios de la patria, y la nacion habia adquirido un ensanche asombroso, con las muchas provincias que con las armas habia agregado á su imperio.

1446. Cuando mas risueña y próspera se presentaba á los mejicanos la fortuna, una funesta calamidad les fué á sorprender en medio de sus glorias militares y de sus prósperas conquistas.

Méjico, fundada sobre una ancha laguna, estaba expuesta á sufrir grandes inundaciones, aunque hasta entonces no habia sufrido ninguna. Pero en 1446, diez años despues de haber subido al trono Moctezuma, las lluvias sucediéndose sin interrupcion y con abundancia excesiva, aumentaron considerablemente el volúmen de las aguas del lago á donde iban á parar además todas las que descendian de las montañas, y no pudiendo contenerse en su lecho, se desbordaron por la ciudad, derribando algunas casas, arruinando muchas, y anegando por completo, sin excepcion, todas las calles, por las cuales no se podia transitar sino en canoas.

Se hace un dique para evitar las inundaciones. Pasada la calamidad con grandes pérdidas para la ciudad, Moctezuma, deseando prevenir el remedio á fin de que el daño no volviese á repetirse, consultó con el sabio rey Nezahualcoyotl sobre lo que seria conveniente hacer para librar á Méjico de ser invadido por otra inundacion. Nezahualcoyotl manifestó que lo preciso, en su juicio, era que se construyese un gran dique en un punto que determinó, indicando al mismo tiempo las dimensiones que debia tener para que pudiese refrenar las aguas. Moctezuma adoptó inmediatamente el parecer del rey de Acolhuacan, y á fin de poner-

lo sin pérdida de tiempo por obra, hizo que los pueblos de Xochimilco, de Azcapozalco y de Coyohuacan, le suministrasen algunos millares de estacas muy gruesas, mientras á otros pueblos ordenó que condujesen toda la piedra necesaria para la construccion de la obra. Reunido el material necesario, Moctezuma convocó á los habitantes de Tacuba, de Colhuacan, de Tenayuca y de Itztapalapan, para la ejecucion de la importante obra, y atendido su deseo, los reyes mismos, los caciques, los señores y los magnates fueron los primeros en estimular, con el ejemplo, á sus vasallos, á emprender la obra concebida.

Es incalculable el número de miles de hombres que se ocupó en la construccion del dique; pero merced á ese número, la empresa quedó terminada en muy poco tiempo, cuando, de otra manera, hubieran trascurrido muchos años para darle fin. Tres leguas de largo y veintidos varas de ancho tenia el dique; el cual se componia de dos salidas estacadas paralelas, perfectamente aseguradas, cuyo espacio medio se terraplenó sólidamente de piedras y de arena. Grandes dificultades se presentaron para poder trabajar dentro del lago, y muy particularmente en aquellos sitios en que habia mucha profundidad; pero la constancia, la industria y el empeño las vencieron todas, y el dique se vió terminado, y la ciudad preservada, aunque no del todo, de nuevas inundaciones, puesto que de estas no la han podido salvar ni las grandes obras hechas despues de la conquista por los españoles, y practicadas por los mas insignes ingenieros europeos.

Queriendo los chalqueses aprovecharse de los trabajos emprendidos por Moctezuma, creyendo que aquel era el

momento mas oportuno para sacudir el yugo de los mejicanos, se rebelaron empuñando las armas; pero nada consiguieron. El monarca de Méjico salió contra ellos, y despues de un reñido combate, los chalqueses fueron vencidos, aunque la victoria les costó á los vencedores algunos buenos capitanes.

Oficiales de guerra, órdenes militares: armas y traje de los guerreros, y vestido marcial del rey. Reprimidos y sujetos de nuevo, Moctezuma volvió á Méjico, donde se ocupó de reparar los males que la inundacion habia causado en la ciudad, de embellecer el templo de *Huitzilopochtli*, y de poner bajo un pié brillante el ejército, pues la carrera de las armas era entre las naciones del Anáhuac, la mas honrosa y distinguida. Entre los mejicanos, ningun príncipe podia ser rey, si antes no habia servido en el ejército, dando pruebas de pericia y de valor. El númen predilecto era el de la guerra, que estaba reputado como el defensor de la nacion; y aun en la otra vida se juzgaba que alcanzaba privilegiado lugar el que habia servido á la patria con las armas, gloria que se centuplicaba si moria luchando en defensa de ella. Los Estados pequeños para defender su independencia, y los mayores con el objeto de hacerse obedecer de los señores tributarios, necesitaban del ejército como elemento indispensable de su existencia política. No es de extrañarse, por lo mismo que, reñecitos insignificantes en terreno, presentasen ejércitos numerosos. Las armas eran generalmente el argumento que resolvía todas las cuestiones, y conociendo su importancia, los padres de familia procuraban inspirar valor á sus hijos, les instruian en el manejo de ellas desde la niñez, les acostumbraban á sufrir gran-

des fatigas, y les hacian practicar ejercicios propios para el desarrollo y fortaleza del cuerpo.

A esa escuela constante de las armas á que los mejicanos se dedicaron con empeñoso afán, debieron el salir de la esclavitud de los colhuas, el sacudir mas tarde el yugo de los tepanecas, y por último, la gloria de haber sujetado á la corona de Méjico á los reyes y señores de quienes poco antes eran tributarios.

El rey Itzcoatl, adiestrando á su ejército, habia sacado á los mejicanos del estado de humillacion á que los monarcas de Azcapozalco les tenian reducidos; hizo siervos á los que eran sus señores; hizo tributarios de los mejicanos á los que poco antes pagaban estos tributos; y con las armas colocó á su reino á una altura suprema entre los demás del Anáhuac.

Moctezuma, que le sucedió en el gobierno, ensanchó y engrandeció tambien, por medio de las armas, el reino que regia, y comprendiendo que con ellas únicamente podria mantener lo conquistado y aumentar el esplendor de su grandeza, se dedicó, con particular esmero, á las atenciones del ejército y al brillo de las armas.

En la esclarecida carrera de la milicia, la primera dignidad era la de general, y de esta graduacion, aunque diferentes en categoría, habia cuatro en el ejército. El principal, el que tenia la autoridad suprema, se llamaba *tla-cochcalcatl*, que significa *habitante de la armeria ó de la casa de los dardos*. Los nombres con que se designaba á los otros tres eran, *atempañecatl*, *ezhuacatecatl*, *tlillancalqui*, que se ignora si estaban subordinados al primero, ó tenian autoridad independientemente de él. El nombre

que tenían los demás jefes del ejército era el de capitanes; pero en este nombre se incluían todas las graduaciones de la oficialidad, desde la inmediata al general, hasta la menos importante, y todos ellos mandaban un número mas ó menos mayor de gente.

Todas las cuestiones relativas á la guerra, se trataban detenidamente en un consejo compuesto de los generales mas distinguidos, presidido por el rey. Cuando la opinion del monarca y de la mayoría se manifestaba por recurrir á las armas en caso de no recibir satisfaccion á la ofensa recibida, se enviaban embajadores, exigiendo de la nacion enemiga que recibiese los dioses mejicanos y se declarase feudataria de la corona de Méjico, pagando el tributo que se le señalaba. Si la proposicion no era admitida, se mandaba una declaracion de guerra ó se desafiaba al combate. Toda provincia conquistada, quedaba obligada al servicio militar siempre que fuese necesario, lo mismo que al pago de los tributos.

Los monarcas aztecas, con el objeto de estimular el espíritu guerrero y dar á la carrera de las armas el mayor brillo y esplendor posibles, crearon tres órdenes militares para premiar los servicios de los guerreros que llegaban á distinguirse por sus heroicos hechos. Estas tres órdenes se llamaban *Achcauhtin*, *Cuauhtin* y *Ocelo*, ó lo que es lo mismo, *principes*, *águilas* y *tigres*. Cada una de las referidas órdenes, disfrutaba privilegios especiales, usaba insignias peculiares, y todas tenían en sí mismas, individuos que se distinguían por el lugar preferente que ocupaban. Entre los que pertenecían á la primera orden, los mas notables eran los conocidos con el nombre de *cuachictin*. Lle-

vaban éstos atado el cabello en la coronilla, con un cordón de un rojo encendido, del cual pendían blancas borlas de algodón, cuyo número era igual al de acciones heroicas en que el que las llevaba se habia distinguido. Era una condecoracion que se consideraba de la mas alta estima, y que los reyes mismos se envanecían de llevarla. La orden de los *tigres* usaba una armadura imponente y seria, matizada de las variadas manchas que cubren la piel de la fiera cuyo nombre habían adoptado; y la de las *águilas*, vistosos y pintorescos trajes, adornados de pedrería, y bellísimos penachos formados de las ricas plumas de la reina de las aves. Únicamente cuando marchaban á la guerra usaban los brillantes vestidos mencionados, pues en la corte, toda la oficialidad llevaba un traje llamado *tlachcuauhaco*, de fina tela de algodón, tejida de varios colores.

A nadie le era permitido llevar insignias de oficiales, mas que á los militares aguerridos, acreditados por su valor en los combates. Los que por primera vez salían á campaña, iban vestidos con un ropon blanco, hecho de tela de maguey (pita); y solo cuando con sus hechos acreditaban su valor, les cambiaban aquel traje por otro altamente honroso, que se llamaba *tencaluhqui*. La observancia de esta regla era inquebrantable, cualquiera que fuese la categoría del individuo que entraba en la milicia; y ni aun los mismos príncipes podían llevar otro vestido hasta no haberse dado á conocer por alguna distinguida accion en algun combate. Las órdenes militares no solamente se distinguían por el traje, sino tambien por las habitaciones que ocupaban en el palacio real cuando daban la guardia. A todas ellas les era permitido engalanarse con joyas de